

ANTOLOGIA

LA POESÍA CHILENA MODERNA. Antología, por Rubén Azócar.

Es esta la primera vez (1) que se intenta reunir en un conjunto antológico las producciones de los más jóvenes poetas chilenos. Salvo algunos escritores nacidos en las postrimerías del siglo pasado, a los cuales el autor ha concedido con benevolencia que a él seguramente debe parecerle excesiva la entrada al santuario, la mayoría de los que aquí figuran han nacido en el siglo XX o eran niños de pocos años cuando este comenzó. Claro está que el autor de una *Antología* es dueño de poner en ella a quien se le ocurre, siempre que los autores escogidos cumplan por lo menos un requisito: haber publicado en libros sus producciones. Este requisito no lo llenan todos los poetas que forman el vasto volumen que comentamos.

Todo esto estaría bien, si el autor no hubiera cedido a un capricho que todavía no terminamos de explicarnos, al abrir su obra con un *Prólogo* en que hay mucho que observar. Para mayor comodidad del lector, dividiré mis observaciones en dos grupos. En el primero copiaré y comentaré los errores de hecho y las deficiencias de información; en el segundo haré caudal de la materia opinable, convencido de antemano de que el autor no le parecerá mal que alguien se atreva a opinar en forma distinta sobre problemas lite-

rarios candentes o, por lo menos, actuales.

Errores de hecho y deficiencias de información.—En la página 8 el autor escribe, refiriéndose a la literatura colonial, que niega para Chile:

En la prosa, apenas si pueden señalarse algunas páginas del Padre Rosales, del Abate Molina, del Padre Alonso Ovalle o del Padre Lacunza....

Esto, aunque parezca materia opinable, no lo es porque la literatura colonial ha sido lo suficientemente estudiada entre nosotros como para que se pueda afirmar de modo categórico que la calidad literaria de las obras de los autores citados está fuera de toda duda. Ninguna persona de buen gusto puede negar que la *Histórica Relación* del Padre Ovalle, por ejemplo, es un espléndido libro, que honra no sólo al autor sino a la época en que éste vivió. Naturalmente, como en todo libro, hay allí páginas mejores que otras; mas el conjunto es de una calidad sobresaliente, y negarla no prueba sino o mal gusto o insuficiente información. Preferimos pensar en la segunda. Lo mismo cabe decir de Rosales, de Molina, de Lacunza que en sus obras respectivas pusieron dosis crecidas de información y de bello estilo. Consúltense los libros que ha motivado la literatura chilena (Medina, Barros Arana, Amunátegui, Amunátegui Solar, Vicuña Mackenna, Lillo, etc.) y se encontrará a cada paso la comprobación de lo que decimos.

En nota, en la misma página, el autor dice:

(1) Ediciones *Pacífico del Sur*, Santiago, 1931.

Ni Lastarria, ni Barros Arana, ni Toribio Medina le concedieron a la historia literaria chilena la importancia que se merece.

Otro error garrafal, más serio todavía que el ya mencionado. Vamos por partes.

Don José Victorino Lastarria no fué historiador de la literatura, de modo que nada habría que reprocharle. Sin embargo, ante los *Recuerdos Literarios* debemos sacarnos el sombrero. Se trata de un libro espléndido, lleno de informaciones preciosas, escrito con animación, con entusiasmo y sobre todo con grande amor a la literatura nacional. El propio señor Azócar prueba prácticamente poco más adelante (pág. 10) cuán poderoso es el encanto de este libro al acoger, sin crítica alguna, las afirmaciones de Lastarria a propósito del papel de éste en el movimiento del año 1842. Investigaciones más hondas muestran, en efecto, que Lastarria exageró al exponer su personal participación en ese movimiento literario.

Don Diego Barros Arana tampoco fué historiador literario, de modo que no hay motivo alguno para decir que haya dado a la historia de la literatura chilena poca importancia. La verdad es, sin embargo, enteramente distinta. El señor Barros Arana en múltiples estudios particulares y en varios capítulos en su *Historia General de Chile* trató de las letras chilenas, con extraordinaria competencia y con frecuente buen gusto. Recorra el señor Azócar los tomos de estudios biográficos y bibliográficos que editó la Universidad de Chile y verá cuán frecuente era en el se-

ñor Barros Arana la preocupación por el esclarecimiento de cuestiones bibliográficas así como el conocimiento crítico de las particularidades de la literatura chilena.

Finalmente, tenemos a don José Toribio Medina... Resulta casi grotesco tener que defender al señor Medina de una imputación tan gratuita, tan caprichosa, tan desorbitada. El señor Medina no tenía sino veintiséis años cuando la Universidad de Chile le premió su *Historia de la Literatura Colonial*; a los sesenta y seis, es decir, cuarenta años más tarde, se ocupaba de *Las mujeres en la Araucana*. En el intervalo había publicado bibliografías, biografías, estudios críticos, libros inéditos curiosos y mil y una notas interesantes sobre la historia literaria de Chile. Entre esos estudios los hay tan eruditos como la edición monumental de *La Araucana* de Ercilla, tan útiles como la *Literatura femenina en Chile*, tan reveladores para un estudio comparado de la literatura chilena como la *Biblioteca Chilena de Traductores* (1). Inverosímil parece que en Chile se desconozcan tan supinamente o se desprecien los trabajos de quien infatigablemente estudió y comentó la historia chilena, y en ella particularmente la provincia literaria. Más inverosímil todavía que el autor de tales opiniones sea un profesor de castellano egresado del Instituto Pedagógico.

(1) Entre los trabajos inéditos que el señor Medina dejó a su muerte figuran, entre otros estudios, un sexto volumen de la edición monumental de *La Araucana* y un *Compendio de la historia de la literatura chilena*, hasta 1852 (año del nacimiento del autor).

En la página 9 el autor dice:

Por los años de 1828 a 1842 aparecieron en Chile los primeros intentos literarios salidos de la enseñanza que repartían Andrés Bello, José J. de Mora, Gorbea y otros maestros.

Bello y Mora eran escritores y su enseñanza (la enseñanza se imparte, no se reparte) tenía un carácter literario notable. Además educaban en el gusto literario con el ejemplo, ya que las publicaciones periódicas de esos tiempos acogen sus producciones, que luego se han de reunir en volúmenes. Pero Gorbea nada tiene que ver con la enseñanza literaria ni mucho menos con el ejemplo a que aludimos. Gorbea, para que lo sepa el autor de esta Antología, era profesor de Matemáticas, y en ese terreno es donde hay que buscarle.

En la página 12 el autor afirma:

La aristocracia chilena vivió los años de la guerra de la Independencia sin mayor ideal de libertad política; sólo el pueblo sintió sus héroes y vivió febriles días de esperanza.

Sólo enunciar esta proposición puede dar idea del estado de confusión mental en que ha sido escrito el desdichado prólogo que comentamos. No hay historiador alguno que haya podido dar pie para semejante afirmación, ya que no hay ningún hecho en la historia de Chile que la justifique. La revolución de la Independencia fué hecha en Chile, como en toda América, por elementos de la aristocracia, ya que éstos eran los únicos—debido a la

desigual repartición de la cultura que existía entonces—que conocían las nuevas teorías de derecho público, por sus lecturas, y el estado de algunos países democráticos, por sus viajes. Tanto los precursores de la Independencia como los autores directos de ésta como los continuadores inmediatos, tres generaciones perfectamente diferenciadas, salieron de la aristocracia santiaguina y pencona. Las excepciones son bien escasas y no podrían, en modo alguno, explicar el extraño juicio del señor Azócar.

En la misma página (el señor Azócar no nos deja respiro) hallamos otra perla:

Andrés Bello, un poco Sarmiento, Victorino Lastarria, Barros Arana, Bilbao—fugaz, sin consistencia, pregonero de ideales—toman sucesivamente el puesto directivo de la juventud.

1.º El primer error está en considerar a Sarmiento como jefe de la juventud. Sarmiento, defensor de Bulnes y de Montt, amigo de los gobiernos fuertes, insultado unánimemente por todos los exaltados liberales chilenos de sus días, no podía ser proclamado jefe espiritual de una juventud que como todas las juventudes atendía más a derribar que a construir y que no entendía el conservadorismo (!) de Bulnes y de Montt, violentamente impopular entonces. La polémica entre Bello y Sarmiento señala bien claramente los campos literarios en que se dividía entonces la opinión. En el político, tanto Sarmiento como Bello, ayudaban a gobernar.

2.º Si el autor dice que Barros Arana y Bilbao «toman sucesivamente el puesto directivo de la juventud», arguye una falta de conocimiento de la realidad verdaderamente peregrina. Bilbao brilla hacia 1844 y después de una carrera tan estruendosa como breve, abandonó Chile para no volver a él, sino por breve tiempo, hacia 1850, después de lo cual no regresó más. Barros Arana comenzó su segura y duradera trayectoria hacia 1860, cuando se le nombró Rector del Instituto Nacional. Si se tiene presente que Bilbao moría en 1865 y en tierra extranjera, mientras que el señor Barros Arana prolongaba su fructífera existencia hasta 1907, se verá más claro el absurdo de colocar a Bilbao después de éste para agregar a renglón seguido que uno y otro fueron «sucesivamente» maestros, o lo que sea, de la juventud.

En una nota de la página 14 leemos:

Zorobabel Rodríguez, Ramón Pacheco, Liborio Brieba—casi anónimos—tuvieron una curiosa visión...

No sé qué quiera decir el autor al escribir «casi anónimos». Desde luego, no puede hablarse de anónimos ante escritores popularísimos en su tiempo, leídos con apasionamiento, combatidos, criticados y estudiados, si no con imparcialidad con muchísima atención, por sus contemporáneos y por las generaciones siguientes. Menos puede hablarse de anónimos si se recuerda que todos esos escritores escribieron libros firmados con sus propios nombres de pila, y los seudónimos que

usaban eran conocidos tanto como aquellos.

Al tratar, en la página 21, de Los escritores de los años 1888 a 1905 el autor dice:

La historia culmina con la publicación de las obras de Barros Arana, de Errázuriz, de Vicuña M., de Sotomayor.

Sospechamos que se trata de don Benjamín Vicuña Mackenna, y entonces cabe hacer un reparo fundamental. El señor Vicuña Mackenna murió en 1886 y no dejó ninguna obra importante inédita. Mal podía hacer culminar la historia con sus libros de 1888 a 1905...

En la página 26, al tratar del teatro, proclama:

Algunos novelistas le han concedido al teatro una pasajera atención: Víctor D. Silva..., Daniel de la Vega.

No es acertado llamar novelista a Daniel de la Vega, que sólo con *La luna enemiga* ha hecho un tímido intento de incursión en la novela que nunca ha repetido más tarde. Por lo demás, esa misma obra le parece al señor Azócar de mediocre valor, poco más adelante (pág. 131).

Materia opinable.—Lo que se puede reparar en este libro desde este punto de vista es mucho, y seguramente recoger todas las observaciones que han atravesado mi espíritu mientras lo leía, daría tema para un estudio mucho más detenido y extenso que lo que soportan estas páginas. Me reduciré, por tanto, a unas cuantas proposiciones en que el señor Azócar, a mi juicio, yerra

más monstruosamente que en las demás.

En la página 7, la primera del *Prólogo*, y en las primeras líneas de éste, el autor dice:

El afán de destruir los juicios rutinarios y falsos que giran en torno de la Literatura de este país, me ha movido a reunir en una Antología la producción poética, que es, hasta ahora, el más interesante aspecto de la obra literaria chilena.

Expuesto tal como se ha leído, en términos absolutos, este juicio no puede pasar. La producción poética chilena no puede ser considerada por ningún criterio sano como «el más interesante aspecto» de nuestra literatura. En el siglo XIX los escritores chilenos destacaron por el cultivo de la historia, disciplina entre literaria y científica, pero que tiene de literatura lo suficiente como para que no se pueda prescindir de ella en la historia literaria. A fines del mismo siglo y en lo que va corrido del siglo actual, Chile ha ofrecido novelistas y cuentistas de grandes condiciones. Los poetas chilenos no han conseguido salir de cierto nivel mediano. No tuvimos un gran poeta en el movimiento modernista, a pesar de que Rubén Darío vivió en Chile antes que en la Argentina, y en Valparaíso publicó *Azul*. Tampoco lo tuvimos más tarde, en lo que se ha llamado la *segunda generación modernista*, ya que el triunfo de Gabriela Mistral se hace extranacional sólo hacia 1920, cuando el modernismo estaba totalmente periclitado. La tesis del señor Azócar vendría, entonces, a tener confirma-

ción con la obra de poetas más jóvenes que Gabriela Mistral, entre los cuales los más conocidos serían Pablo Neruda y algunos de sus directos discípulos. Bien sabe el señor Azócar que género de admiración siento por la obra de Pablo Neruda, que como él juzgo excelente. Pero me parecería un necio prurito de nacionalismo o una adulación indigna al poeta amigo proclamar por eso que la poesía de Neruda valga por la de los mejores poetas de otros países americanos, ni menos que la lírica chilena sea «el más interesante aspecto de la obra literaria» de este país.

En la página 9 se lee:

Así, para la Literatura Chilena el año 1810 no tiene más que una significación simbólica y relativa.

Con esto el autor cree confirmar una teoría peregrina que ha expuesto poco más atrás y que formula así:

Considero que son los hechos literarios de gran carácter, los que trascendentalmente limitan las épocas de una literatura, y no los hechos políticos o económicos, que bien pueden ser antecedentes de importancia en relación con aquéllos.

Es lógico que sean los hechos literarios de gran carácter—para hablar como el autor—los que limiten épocas en una historia literaria, pero ¿cómo podría prescindirse de los hechos económicos y políticos que modifican el ambiente espiritual y fuerzan a los hombres de letras a ocuparse de materias literarias distintas o nuevas o a dar diferente forma a sus escritos? La literatura

no es un hecho autónomo en la vida de una sociedad, sino que marcha a compás de muchos otros factores. Lo interesante en una historia literaria precisamente es escudriñar esa relación, no siempre clara, para hacer coherentes las diversas manifestaciones espirituales de un país en una época determinada. Desde ese punto de vista, y dejando de lado el valor literario de las obras escritas por la que podríamos llamar «generación de la Independencia», ¿cómo se podría negar que el suceso de 1810 tuvo importancia literaria?

Para el señor Azócar (pág. 9) no hay en la historia literaria chilena sino dos períodos. Uno de formación —así lo llama el autor—, que comienza en 1842 y termina en 1888 (año de la publicación de *Azul*); con un cálculo aritmético arbitrario el autor dice que este período abarca cincuenta años.... El otro, moderno, comprende la producción posterior a 1888. La división es demasiado simple y por eso mismo resulta caprichosa. Después de 1888 pueden introducirse divisiones tan importantes como la que el autor ha emplazado en esa fecha, que fraccionan la etapa comprendida entre 1888 y 1930 en sectores perfectamente discernibles. No hay la misma sensibilidad en las obras de Ernesto A. Guzmán, de Pedro Prado, de Magallanes Moure que en las obras de Pablo Neruda, de Salvador Reyes, de Vicente Huidobro. Ni siquiera la forma métrica ha permanecido, y el concepto del ritmo poético se ha trastornado totalmente.

Al tratar de un período comprendido entre 1905 (¿por qué esta fe-

cha?; ¿qué acontecimiento literario grande puede, conforme la teoría del autor (pág. 9), dar esa fecha como lindera de dos etapas?) y 1920, el señor Azócar dice que «Augusto d'Halmar es, sin duda, el novelista de mayor importancia» (pág. 23). Estamos en plena materia opinable. Para el señor Azócar la novelas escritas por d'Halmar parecen valer más que las de Eduardo Barrios, Luis Orrego Luco, Fernando Santiván, Mariano Latorre, etc., etc. Es curioso y hasta nuevo. Nadie se había atrevido a sostenerlo hasta ahora. Pero es una lástima que el señor Azócar no se detuviera a fundamentar su opinión. Sería interesante ver por qué suma de aspectos las novelas de d'Halmar son superiores a las de cualquiera de los escritores citados.

Pero lo desorbitado de las opiniones del señor Azócar no se sacia allí: va más lejos, e inmediatamente después agrega:

Con Azuela, Guiraldes, Rivera, Arguedas, Reyes, Barrios, señala (d'Halmar) el florecimiento de este género literario en América.

Si exagerado parecía el pensamiento anterior, éste ya es simplemente delirante. A ninguno de los fervorosos amigos de Augusto d'Halmar se le había ocurrido hasta hoy asentar semejante parecer. El señor Azócar, más papista que el papa, no ha vacilado en dar el paso que separa la admiración del tropicalismo.

Conclusiones.—Paso por alto gran número de errores de otro género, que inhabilitan definitivamente el

libro del señor Azócar para la enseñanza, que era uno de los propósitos confesados por el autor en su *Prólogo* (pág. 7). Sin embargo, creo que sería interesante estudiar la sintaxis de este profesor de castellano que no vacila ante el galimatías y que empiedra su estilo de todo género de dislates (págs. 26, líneas 5 y 6; 53, líneas 10 y siguientes, etc.). Pero lo que de ningún modo es tolerable es la transcripción infiel de los versos reproducidos en esta *Antología*. Hay en ellos toda clase de erratas, desde la simple infracción a las normas de la puntuación hasta trastornos de títulos, alteraciones de voces y supresiones de versos enteros.

En suma, un vasto derrotero de destrozos literarios que el autor no podrá reparar con hojas anexas en que brillen las erratas, puesto que las erratas, con ser muchas, no son lo culminante en esta *Antología*. Más grave, más importante es el caudal de errores nacidos de la pluma misma del autor.—*Raúl Silva Castro*.

GEOGRAFIA

KARL SAPPER, ALLGEMEINE WIRTSCHAFTS-UND VERKEHRSGEOGRAPHIE. (B. G. Teubner, Leipzig y Berlín, 1930).

Esta Geografía Económica General de Karl Sapper, el conocido catedrático de la Universidad de Würzburg, es un verdadero manual que sintetiza admirablemente los problemas generales de la materia. Sapper se caracteriza por un estilo descriptivo sumamente pintoresco.

Cuenta entre los privilegiados que han llegado a conocer personalmente una buena parte de nuestro globo; así le es posible ilustrar las leyes generales que expone, con observaciones de detalle personales. Estas observaciones se refieren en gran parte a nuestro continente y especialmente a los países iberoamericanos. Citaremos como ejemplo una observación que se relaciona con un problema muy discutido entre nosotros: el objeto de las piedras horadadas de los indígenas. Sapper dice al respecto que los galla y somalíes, tribus africanas, utilizan un palo para cavar, al que se le da mayor vuelo mediante un anillo de piedras, afirmado en la parte de arriba y que se utiliza también para desmenuzar los trozos de la tierra. En una nota agrega que la misma herramienta se utiliza en los países andinos como él pudo comprobarlo personalmente en Tiahuanaco en 1927. Tales observaciones, meros accidentes de detalle que como ya dije, tienen por objeto ilustrar las leyes generales, le dan a esta obra su valor especial. La manera visual de tratar los problemas es subrayada por 66 cartogramas referentes a todas las materias importantes y que en gran parte representan ideas originales. En siete grandes capítulos, Sapper trata la materia. Sus títulos son los siguientes: Influencias de la naturaleza sobre la economía humana; el hombre como ser económico; síntesis de la producción; el comercio; el consumo; las comunicaciones, y la influencia de la colonización, economía y comunicaciones sobre el paisaje.